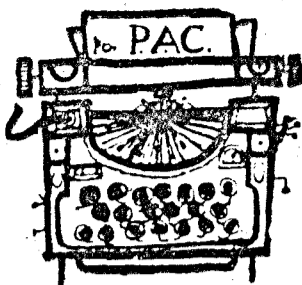


II

El Hombre
Del Campo y
El Marxismo



Ningún marxista inteligente ha dejado de comprender la piedra de obstáculo que significa "el hombre de campo" en la solución integral del hombre y en la construcción de "la nueva sociedad" que ellos pretenden. El mismo Marx posterga lo que él llama "la eliminación de la oposición entre la ciudad y el campo" hasta una segunda etapa en que ya se haya superado la transformación socialista por obra de la dictadura del proletariado y se haya entrado a la fase superior del comunismo. Lo mismo pensaba Lenin y luego los ideólogos soviéticos agregaron, como condición preliminar para lograr ese objetivo, la mecanización total de los trabajos agrícolas y, por lo menos, la parcial automatización de esas labores.

Como todavía no se ha logrado llegar en Rusia a esa etapa, el problema subsiste. Kruschef aplazó de nuevo, por veinte años "la superación de las diferencias entre la ciudad y el campo". Y este mismo año —el 25 de marzo— el Comité Central del Partido incluso sorprendió con una nueva política económica agraria —que fue juzgada por grandes marxistas europeos como poco ortodoxa— porque Rusia se encontró con el fenómeno inesperado del éxodo de sus campesinos a las ciudades —con una despoblación de sus campos igual a la que nosotros padecemos— y que, en vez de avanzar y crecer su producción agrícola, ha disminuido, obligando al Estado Soviético a importar cereales en una escala nunca antes jamás conocida en la historia de Rusia.

Sin embargo, el problema no es sólo de producción sino mucho más hondo. El marxismo quiere "ELIMINAR" las diferencias entre la ciudad y el campo y eliminar no es solucionar. La filosofía comunista es urbana, industrial —ha salido del nido de la fábrica y no de la tierra— e incomprende al campesino como lo incomprende el capitalismo industrial.

El ideal marxista es noble en cuanto desea levantar el nivel económico del campesinado. Esa pasión del marxista de buena fe por liquidar la miseria y la injusticia, para mí es ejemplar y admirable y creo que es la voz de Dios —la voz de su Cristo— que no siempre suena en sus iglesias sino que a veces nos llega del otro lado, del lado de aquellos que creen estar en contra de Cristo y que sin saberlo predicán su evangelio.

Pero el marxista quiere entregar la solución de los problemas humanos a un dios sucio, incapaz y cruel por naturaleza como es el Estado y a un sacerdocio áspero, interesado y friamente inhumano como es la Burocracia.

El marxista es capaz de sentir, con finísima sensibilidad, el dolor de la miseria y de la explotación de su hermano pobre y proletario, pero es incapaz —y esto es la gran cojera de su humanismo— de comprender que el sufrimiento y la explotación persisten, en otra forma mucho más cruel y sorda, cuando la relación de trabajo y de vida sólo tiene como medida la producción y como cauce el papeleo de la oficina, la intriga de los funcionarios y la felina frieza estatal.

Por eso, cuando el marxismo afronta el problema campesino, va a él por un camino equivocado como también lo fue —por el rumbo opuesto— el capitalismo. Hay ALGO en el hombre de campo que no puede sufrir hasta el final el proceso deshumanizador del mundo moderno. Pero lo grave es que América es un continente agrario. Lo grave es que Nicaragua es un país agrario y las dos soluciones que ofrece el mundo actual están acabando con el "hombre del campo".

Tanto el capitalismo como el comunismo no tienen casillas propias para los dos problemas fundamentales de América: el problema religioso y el problema campesino. En las estadísticas no aparecen esas cifras sutiles del amor a la Tierra y del amor a Dios.

Pero es nuestro problema y debemos ir a él —no por la vía de la consigna o de la peligrosa imitación— sino por camino propio en busca de verdaderas y propias soluciones.